UNA DOCUMENTA - 1990 - Año 9 - Vol. 1 y 2 - Páginas 30 - 31

MI PADRE, EL INMIGRANTE

Francisco Pérez Perdomo

Este año de 1990, la Editorial Monte Avila, en su colección El Dorado, acaba de lanzar la segunda edición de *Mi padre, el inmigrante*.

Mi padre, el inmigrante, de Vicente Gerbasi, es, sin duda, al lado de la *Silva a la Agricultura de la Zona* Tórrida, de Andrés Bello (1781-1865) y de la *Silva Criolla*, de Francisco Lazo Martí (1869-1909), uno de los tres más famosos poemas de la poesía venezolana de todos los tiempos.

Las relaciones, en efecto, de estos tres poemas de largo aliento, son evidentes. Y sus separaciones son más evidentes todavía.

Los poemas de Bello y Lazo Martí están regidos por las muy ortodoxas leyes establecidas desde antaño por la métrica, en tanto que el poema de Gerbasi recurre en su expresión al verso libre y, aunque es uno de sus textos donde el ritmo interior se advierte, se intensifica y se enfatiza como en ningún otro texto suyo, es, en definitiva, un poema abierto que soslaya la rima.

En los poemas de Bello y Lazo Martí las descripciones son demasiado obvias y sus propósitos están muy bien definidos. Se trata, en suma, de descripciones fundamentalmente enunciativas, mientras que en Gerbasi, con reiterada frecuencia, se interioriza en extremo el texto, creando en muchos casos una identidad alternativa, donde los estados de ánimo del poeta pasan a ser los atributos de la cosas naturales y, al revés, los atributos de las cosas naturales, los estados de ánimo del poeta y no simplemente su reflejo o representación. Logra este efecto el poeta a través de metáforas referenciales, alusivas y no concretas, que generan una escritura plural. Gerbasi, como André Breton, cree en el enorme poder creador de la metáfora y dice, refiriéndose a su proceso integrador y desintegrador de la realidad para crear "la unidad imprevista", que ella "eleva la palabra a una dimensión feérica".

El ritmo interior, no hay duda, crea en este extenso poema una secuencia verbal muy eficaz para sostener el tono elegíaco que se extiende a lo largo del texto. La cadencia recitativa del lenguaje, acentúa más la nostalgia y la añoranza que ese mismo lenguaje va generando en su continuo movimiento.

Mi padre, el inmigrante (1945), es un largo poema integrado por treinta cantos o treinta cantos sobre un mismo tema.

"Mi padre, dice Vicente Gerbasi, Juan Bautista Gerbasi, cuya vida es el motivo de este poema, nació en una aldea viñatera de Italia, a orillas del Mar Tirreno, y murió en Canoabo, pequeño pueblo venezolano escondido en una agreste comarca del Estado Carabobo". Así se expresa el motivo o el tema del poema. Pero el propósito inicial aunque nunca olvidado, pero muchas veces desplazado, se va haciendo difuso. Poco a poco pero avasalladoramente se va imponiendo el paisaje, el que, en última instancia, viene a ser el tema del poema. Se trata de un paisaje geográfico y humano. Un paisaje que se alterna y se traslada de Vibonati a Canoabo y de Canoabo a Vibonati. La figura mítica del padre es el estímulo que opera en el poeta para desencadenar su sensibilidad frente al paisaje. Si el paisaje aquí es un elemento fundamental, desde luego que no es el único, sino uno de los tantos a los que recurre el poeta para alcanzar el poema: su fin último y trascendente.

Mi padre, el inmigrante es el periplo de Juan Bautista Gerbasi: un hombre audaz, emprendedor y solitario que sale con su vida a cuestas, como Eneas con su padre, de una pobre aldea italiana, atraviesa las puertas calientes del trópico y llega a otra pobre, aparentemente distinta, aldea venezolana. Desde una aldea de muros medioevales "y vuelo de palomas en la tarde", llega hasta otra aldea de viviendas de barro y palma donde "la gente calla cabizbaja en el humo del tabaco".

Cuando va entrando a su nuevo país, Juan Bautista Gerbasi ve pasar frente a sus ojos costas negras, bananas, chirimoyas, fuegos fatuos, caminos, zamuros, gavilanes, caseríos y "un asno ciego atado a una ventana". Deja atrás un tiempo y un espacio para entrar en otro tiempo y otro espacio. Viene de otros climas, de una aldea frente al mar con sus pescadores y con sus mujeres que acarrean cestas de sardinas, con sus muros de piedra, sus nieves y trigales. Reinicia su vida en otro sitio y encuentra una nueva gente que en el fondo es igual a su otra gente. En poco tiempo sus costumbres y sus hábitos y sus sueños lo envuelven. Sin despojarse por completo de un pasado, que en su intimidad le duele y lo alienta al mismo tiempo, se incorpora de lleno a su nueva vida, corre sus riesgos, participa y se arruina en guerras civiles, es un combatiente más del mundo nuevo, se convierte en otro hijo de esta tierra.

En esta tierra nacen sus hijos. El mayor de ellos, el poeta, Vicente Gerbasi, nace en Canoabo el 2 de junio de 1913, así como su padre había nacido en Vibonati, aldea viñatera italiana situada frente el Golfo de Policastro, en el Mar Tirreno.

Cuando el padre inmigrante llega a Canoabo, librados los pasos al azar, viene arrastrando los recuerdos de su tierra, a los cuales suma ahora sus experiencias del Nuevo Mundo. En las nuevas soledades oye constantemente voces. Acaso sean los fantasmas del recuerdo que lo llaman. Tiene conciencia plena y muy clara de que somos, aquí o allá, "relámpago extasiado entre dos noches".

La odisea del hijo es al revés: de Canoabo viaja a Italia a los once años de edad y también, como el padre, confronta dos mundos. En Cámpora, al sur de Italia, termina sus estudios de primaria en 1924. Y entre 1925 y 1929 cursa estudios de secundaria en la ciudad de Florencia, una de las ciudades más cultas y fascinantes de Europa, tierra natal de ese gran gigante inmortal de la poesía llamado Dante Alighieri, nacido aproximadamente dos siglos antes del descubrimiento de América.

Los recuerdos de su infancia en el trópico acosan asiduamente al poeta Gerbasi, pero al poco tiempo, al igual y en sentido contrario que el padre, a sus reminiscencias y experiencias del trópico, se incorporan sus nuevas experiencias vividas en Italia.

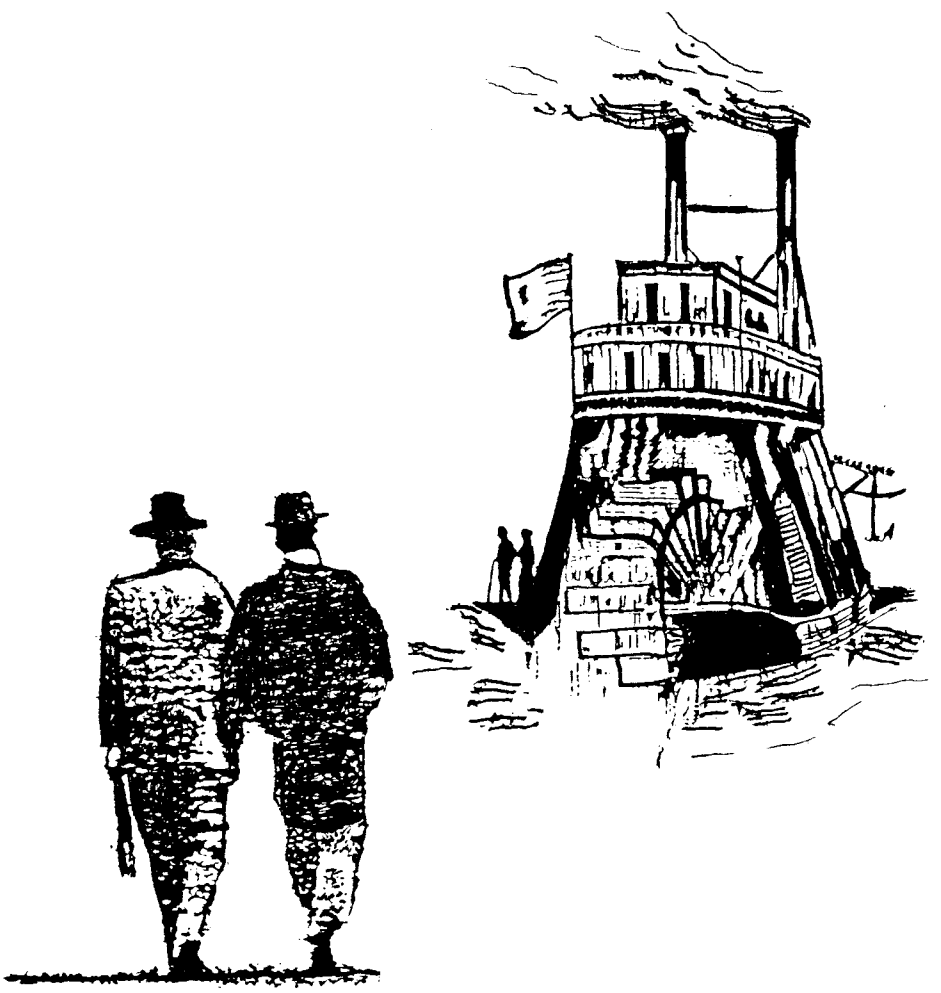
Confluyen en la vida de Vicente Gerbasi dos mundos: América-Europa. Y la poesía de un poeta no es otra cosa que la vida del poeta.

Así como el padre inmigrante entra el país y camina al mismo tiempo por dos orillas: una que ve transcurrir ante sus ojos y la otra que transcurre en la memoria, Vicente Gerbasi vive una experiencia semejante. El hijo es el heredero de los signos del padre y viniendo de él, de su fuego y de su sangre, no es extraño verlo caer en sí mismo y recogerse en una "tristeza inmóvil".

El padre es el "aventurero triste de barbas seculares". Y sus pasos se oyen ahora resonando en las arenas de las bahías desiertas, entre rocas lejanas y pinos del mar. El hijo invoca y evoca a su padre: lo reconoce en su vida y en su muerte. Sí, es el padre de su tristeza nocturna, de sus huellas, de su sangre, de sus huracanes, de su soledad, de su pesadumbre, de sus sombras y de su poesía. Como hijo primogénito, se siente el albacea de sus afanes y sus sueños.

Esta confluencia de dos mundos hace de la poesía de Vicente Gerbasi una poesía muy singular en las letras de Hispanoamérica, que lo diferencian claramente de otros grandes poetas de habla hispana, como Vallejo o Neruda, por ejemplo.

La expresión poética de Vicente Gerbasi encuentra un justo punto de equilibrio entre lo desbordado y lo contenido. Se advierte fácilmente en ella una contenida proliferación.

Mi padre, el inmigrante plantea enigmas metafísicos, recrea consejas, supersticiones, climas, espantos, mitos, leyendas, costumbres rurales, toda una flora y una fauna fascinante y mágica. La naturaleza aquí estimula una serie de mecanismos interiores muy complejos, tornándose así *Mi padre, el inmigrante* en un poema que va desde afuera hacia adentro y en el que prevalece intensamente lo interior. Los estados de ánimo del poeta recogen las imágenes del mundo de afuera y se convierten en su resonancia. "Y estoy aquí buscando las respuestas de mi sangre", dice el poeta Gerbasi.

Mi padre, el inmigrante es un poema elegíaco y, en consecuencia, está marcado por un signo de nocturnidad y de muerte.